

## **AGUSTINOS EN LA IGLESIA PARA EL MUNDO DE HOY**

El documento "*Agustinos en la Iglesia para el mundo de hoy*" recorrió, en su primera redacción, la geografía de la Orden para su estudio personal y comunitario. Así nació un segundo texto que sirvió de material de estudio a los participantes en el CAPÍTULO GENERAL INTERMEDIO, celebrado en Villanova (U.S.A.), desde el día 21 al 31 de julio de 1998. Un borrador enriquecido con las sugerencias recibidas y centrado, particularmente, en el binomio vida religiosa agustiniana y evangelización. El texto que hoy se ofrece a todos los hermanos de la Orden es, entonces, resultado final de las aportaciones de las comunidades y de los trabajos capitulares.

La mirada al mundo contemporáneo ha permitido situarnos sobre el terreno real que pisamos y sentirnos contemporáneos. Sobre este suelo se levanta la Iglesia, llamada "*a anunciar el Evangelio a todos los hombres*" (AG 1) en un mundo multiforme. Este doble marco, social y eclesial, encuadra nuestra vida como agustinos y confronta la espiritualidad agustiniana con las inquietudes del hombre moderno. La evangelización, desde la perspectiva de la vida religiosa agustiniana, quiere ser el contexto de nuestra reflexión.

La referencia al evangelio de Jesús y a san Agustín nos invita a contemplar, en una misma mirada, a Dios y al hombre. El Dios cristiano se revela a favor del hombre. Atento, preferentemente, como padre, a la humanidad dolorida. San Agustín no desertó nunca de su condición humana y para él, ser hombre significa estar siempre abierto a la posibilidad de incorporarse a un destino trascendente.

El diálogo vida religiosa agustiniana - mundo, como traducción de aquel Iglesia-mundo señalado por el Concilio Vaticano II en la Constitución "*Gaudium et spes*", y la reflexión iniciada por el Capítulo General Intermedio de Dublín, en 1974, acerca de la sintonía del pensamiento agustiniano con la sensibilidad de nuestro tiempo, son el nervio de esta reflexión que nace en el marco preparatorio del gran Jubileo del año 2000. Una convocatoria eclesial para dar gracias a Dios por la llegada, hace dos mil años, de Jesucristo, redentor de la familia humana, y para la autocrítica serena sobre la historia bimilenaria de la Iglesia y sobre nuestra propia historia de agustinos. Todo ello, desde la confesión firme de nuestra esperanza en el futuro y nuestra participación en la única misión de Jesucristo: Anunciar a todos los pueblos un misterio de paz universal, de liberación y de reconciliación (Cf. Mt 28,19).

### **ABREVIATURAS:**

#### **Documenta Magisterii**

- AG: Ad gentes
- EN: Evangelii Nuntiandi
- GS: Gaudium et Spes
- LG: Lumen gentium
- PC: Perfectae caritatis
- SRS: Sollicitudo rei socialis
- TMA: Tertio Millennio Adveniente
- VC: Vita Consecrata

VFC: La vita fraterna in comunità.

### **Sancti Augustini Opera**

Civ. Dei:	De civitate Dei
Conf:	Confessiones
De Gen.:	De Genesi contra manicheos
De grat.:	De gratia et libero arbitrio
De mor. Ecl. Cath.:	De moribus Ecclesiae Catholicae et de moribus manicheorum
De Ord.:	De Ordine
Ep.:	Epistolae
In Ep. Ioh.:	In Epistolam ad Parthos tractatus
In Ioh.:	In Iohannis Evangelium tractatus
In Ps.:	Enarrationes in Psalmos
Mag.:	De Magistro
Reg:	Regula ad servos Dei
Serm.:	Sermo
Trin.:	De Trinitate
Ver. Relig.:	De vera religione

### **Documenta Ordinis Sancti Augustini**

CC:	Constitutiones OSA
CGI:	Capitulum Generale Intermedium
CGO:	Capitulum Generale Ordinarium
RI:	Ratio Institutionis

## **I**

### **AGUSTINOS NUEVOS PARA UNA NUEVA EVANGELIZACIÓN**

#### **Los desafíos internos de la comunidad agustiniana.**

1. Evangelizar es, ante todo, "*dar testimonio, de una manera sencilla y directa de Dios, revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo*" (EN 26). Por eso, la interpelación que recibe la Iglesia a ser un verdadero sacramento de la misericordia de Dios, es la llamada a la evangelización interna o conversión permanente, que también alcanza a la vida religiosa. Descubrir los desafíos internos de la comunidad agustiniana es el primer paso para una encarnación inspirada en San Agustín y para planificar nuestras acciones en docilidad a la voz del Espíritu.

Algunos signos de los tiempos que definen nuestra época nos permiten hablar de un cierto rumor agustiniano. Por contraste, quizá, con la sucesión ininterrumpida de conflictos nacionales e internacionales, se escucha en todas las esquinas del mundo el grito de la paz. La insatisfacción de unas relaciones humanas convencionales y distantes, la profunda brecha entre ricos y pobres, promovida por un sistema injusto, revalorizan la amistad y la comunidad. El problema del sentido de la vida ocupa, igualmente, un lugar central en el pensamiento contemporáneo. El imperativo participativo y democrático, la cooperación concertada y la colaboración de múltiples interlocutores, desembocan en el convencimiento de que el mundo es cada vez más uno y más responsabilidad de todos. La mundialización o la mirada al mundo como aldea planetaria, favorece los vínculos asociativos, las respuestas globales, los intercambios. Son los nuevos rostros de la solidaridad, el deseo compartido de

una mayor plenitud de vida, que asume aspectos y sensibilidades muy diferentes en cada uno de los países. Por tanto, es posible el diálogo entre el mensaje agustiniano y el mundo moderno. La dificultad mayor puede estar en la indefinición o en la falta de fuerza de nuestra propuesta. Se justifica, por eso, el repaso de los desafíos internos de nuestra vida como agustinos. Aparecen tres con sello de urgencia: 1) *Volver sobre nuestro espíritu*, 2) *Evangelizar desde la comunidad* y 3) *La búsqueda comunitaria de la verdad y la dedicación personal al estudio como servicio específico agustiniano a la Iglesia*.

## **Volver sobre nuestro espíritu**

### *Experiencia profunda de Dios*

2. La recomendación del capítulo VIII acerca de la lectura semanal de la Regla no se refiere a la repetición periódica de un texto escrito siglos atrás y con referencias puntuales. Es mucho más. Leer, o mejor releer la Regla de san Agustín, es un ejercicio de autocrítica personal y comunitaria para comprobar si nuestra vida tiene o no tono agustiniano. Y las claves para esta revisión son la experiencia de Dios y la vida comunitaria.

3. La vida religiosa es, ante todo, un acontecimiento de fe. *"Sirven a Cristo los que no buscan sus propios intereses, sino los de Jesucristo. Esto es lo que quiere decir "sígueme": camina por mis caminos, no por los tuyos"* (In Ioh. 51,12).

Para san Agustín, la interioridad es el centro de la vida, el núcleo fértil del ser humano donde habita el misterio. Vivir fuera es vivir en el exilio y el vacío. La experiencia religiosa supone acercarnos a la zarza ardiente de una presencia que puede abrasarnos con su fuego (Cf. Ex 3, 1-4), exponernos a que Dios y su Reino tomen posesión de nuestra vida. Cuando perdemos contacto con el *maestro interior*, la experiencia religiosa se diluye y se debilita la fe.

Vigorizar el carácter religioso de nuestra vida es el paso inicial para centrarnos en lo absolutamente nuclear del Evangelio y para poder verificar la motivación radical de nuestro trabajo. Es necesario recordarnos, sincera y fraternalmente, que vivimos una cierta precariedad contemplativa, con unos tiempos para la oración que no rebasan los límites de lo establecido en el horario y una liturgia anclada en su aspecto formal. Privilegiar la comunicación personal y comunitaria con Dios a través de la oración, es una exigencia de la vida agustiniana. Como también lo es que nuestros tiempos de oración se alimenten de la Palabra de Dios, conecten con la vida cotidiana - la difícil pero necesaria fusión sacramentos-historia humana - y no sean espacios vedados para el pueblo de Dios. Nos ven trabajar, animar la actividad parroquial o educativa, movernos con prisa de un lugar a otro, pero ¿nos ven orar?

4. La solidez de la vida comunitaria y de nuestros proyectos pastorales se cimienta, fundamentalmente, en la gracia de Dios pedida en la oración. Cuando pedimos que el Espíritu venga sobre nosotros, manifestamos nuestro deseo de participar del Dios-Amor que es donación gratuita y apertura real al mundo.

San Agustín promueve una actitud samaritana en las relaciones comunitarias. Señala que se debe privilegiar a los necesitados de salud (Cf. De mor. Ecl. Cath. I,32,69). Y en la Regla, sin que este criterio se refiera exclusivamente a la vida monástica, afirma que siempre hay que atender a quien se confiesa enfermo, más allá de cualquier dolencia física

(Cf. Reg. V,35). El ser humano está amenazado por un amplio catálogo de calamidades que dejan al descubierto su gran fragilidad. Esta conciencia de debilidad no puede conducir, sin más, a la impotencia o la insensibilidad. Se presenta ante nosotros la doble convocatoria de la fraternidad y la solidaridad.

#### *Comunión interna de bienes y comunión solidaria con los necesitados*

**5.** La primera exigencia de la comunidad es el amor recíproco y poner todo en común. *"En primer término - ya que con este fin os habéis congregado en comunidad -, vivid en la casa unánimes y tened una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios"* (Reg. I,3). La unidad de alma y corazón exige no poseer nada propio, sino que todo se tenga en común (Cf. Reg. I,4). Es la verificación de un principio espiritual que, sin una traducción práctica, puede esfumarse sin tocar la realidad de nuestra vida. La clave está en la libertad del corazón, el grado de desprendimiento - material, cultural... - que permite la comunión de bienes para testimoniar que Dios es nuestra riqueza. Una riqueza compartida.

La comunión de bienes - tanto materiales como espirituales - desempeña un papel tan importante en la vida común que se convierte en criterio de validez de nuestra fraternidad. *"El fundamento de la vida agustiniana es la vida común, como se desprende de la Regla (...) ¿No está llamada la comunidad agustiniana a traducir hoy aquel modelo de los primeros cristianos de Jerusalén que oraban en común, celebraban la Eucaristía y compartían todos los bienes? (Hech 2,42-47)"* ("Agustín Obispo", Carta del Prior General, 28 de Agosto de 1996).

El neoliberalismo se afianza como solución casi dogmática para la salvación de los pueblos, olvidando, sin piedad, a la mayoría de la humanidad. Hasta muchas iniciativas, aparentemente de signo comunitario, están envenenadas por motivos inconfesables. No es suficiente que la injusticia y la pobreza sean temas recurrentes de reflexión en nuestras reuniones. Podemos perdernos en medio de una selva de discursos y continuar con los ojos cerrados a la hora de contribuir con nuestros gestos a la causa - humana y divina - de la libertad y la fraternidad. Si la Iglesia, recuerda Puebla, *"debería ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia"* (n. 274), ¿qué historia estamos empeñados en construir como agustinos? La construcción de la historia, que desemboca en el Reino, exige dosis importantes de gratuidad, de contemplación, de receptividad, de esperanza. Jesús aparece actuando en la historia de la mano de su Padre. *"Su actitud es, a la vez, de total confianza y de máxima responsabilidad y compromiso. Porque sabe que todo está en las manos del Padre que cuida de las aves y de los lirios del campo. Pero sabe también que la acción del Padre busca pasar a través de la suya"* (Id. n. 276).

**6.** El testimonio práctico de la comunión interna de bienes materiales y espirituales y el compromiso activo en la promoción de la solidaridad, exigen una traducción múltiple: El trabajo responsable y la austeridad de vida, la defensa comprometida de los Derechos Humanos, la creación, donde aún no exista, el reconocimiento y la potenciación - en el nivel internacional y circunscriptorial - del Secretariado de "Justicia y Paz", la presencia evangelizadora entre los necesitados, una gestión económica solidaria dentro de la Provincia y la creación de un fondo en cada Circunscripción destinado a la promoción de los más desfavorecidos.

La atención a lo inmediato, frente a los intereses comunes de horizontes más amplios, continúa siendo un riesgo peligroso. El nivel de colaboración con los proyectos de

la Orden, por ejemplo, no sobrepasa, de ordinario, los límites de lo fijado institucionalmente o se circunscribe a la contribución económica. Cuando decrece el interés por lo común, aumenta nuestra debilidad e impotencia y nos alejamos del anteponer las cosas comunes a las propias (Cf. Reg. V,31) que, por el poder fecundante de la caridad, engendra vida e ilusión. Es de elogiar y animar, sin embargo, la colaboración que algunas circunscripciones han demostrado en estos últimos años al apoyar, humana y económicamente, proyectos comunes de la Orden.

## **Evangelizar desde la comunidad**

### *Carácter profético de nuestra vida*

**7.** La vida religiosa está llamada a desempeñar, en su opción por los valores evangélicos, un papel profético. Del mismo modo que los profetas bíblicos tuvieron como misión proclamar el Reino de Dios e invitar al pueblo a la conversión, también nuestra vida debe ser un anuncio y un testimonio claro de Dios. La prueba más elocuente de la autenticidad del mensaje profético es la coherencia entre la profecía anunciada y la vida del profeta. *"El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la palabra en el diálogo de la oración, la proclama con la vida, con los labios y con los hechos..."* (VC 84b).

Es aquí donde la vida religiosa alcanza su valor y recibe la llamada al ejercicio de la profecía. Testigos de Dios en el mundo llama la exhortación *"Vita consecrata"* a los Religiosos. Profetismo hacia dentro - para mantener vivas la fidelidad y la conversión - y profetismo hacia fuera, que significa creer de verdad en el carácter simbólico de nuestra vida. Si la misión de los profetas era anunciar el Reino de Dios y denunciar los pecados del pueblo, por analogía, nuestra vida se convierte, también, en anuncio y denuncia.

En la Regla de san Agustín encontramos sugeridas las señas proféticas de nuestra vida. Amar a Dios y al prójimo es el corazón del Evangelio. *"Estos dos preceptos son los que debéis pensar siempre, meditar siempre, retener siempre y cumplir siempre"*, advierte san Agustín (In Ioh. 17,8). Y cuando comenta el Salmo 33, escribe: *"Tus pies son la caridad: Ten dos pies, no seas cojo. ¿Cuáles son los dos pies? Los dos preceptos del amor: El de Dios y el del prójimo"* (In Ps. 33,2). Este único amor, en su doble dirección, tiene su aplicación inmediata, para nosotros los agustinos, en la comunidad.

**8.** ¿Puede ser la vida común un acontecimiento simbólico? San Agustín responde con el libro de los Hechos de los Apóstoles en la mano. La sociedad consumista crea unas personas atrincheradas en su mundo de deseos y provoca la ceguera insolidaria. Desde la vida agustiniana se plantea un estilo sencillo de vida que genera solidaridad y crea vínculos profundos en la relación interpersonal

Uno de nuestros grandes desafíos internos es situarnos en la línea de la profecía y limpiar nuestra vida de la opacidad simbólica con que se presenta. Se mantiene la frescura de la espiritualidad agustiniana, pero nuestras instituciones son escasamente significativas. Hay un componente de inercia que frena el cambio y empaña de rutina nuestro espíritu y nuestra vida.

Los caminos que llevan al fortalecimiento del talante profético agustiniano pasan por recuperar nuestra matriz agustiniana, los valores de la interioridad, la comunidad, la amistad y la comunión de bienes materiales y espirituales. Sin olvidar la multiplicación de gestos

que transparenten el rostro misericordioso del Jesucristo del amor y de la esperanza, y un compromiso inequívoco con la solidaridad, la justicia y la paz.

*La comunidad agustiniana como signo de comunión con el otro*

**9.** Ya que la misión de Jesús fue un signo-sacramento de la presencia de Dios entre nosotros (Emmanuel), la comunidad de aquellos que creen en Él debe ser signo-sacramento de su presencia en la historia humana. Vivimos así su mandamiento de donación completa de amor, “*Amaos los unos a los otros como Yo os he amado*” (Jn. 15, 12), y somos imagen del misterio trinitario de Dios.

Siguiendo el ejemplo que nos dejó el Señor (Jn. 15,17), la comunidad agustiniana se esfuerza por vivir esta profunda comunión que permite “*tener un solo corazón y un alma sola en Dios*” (Regla 1).

Esta expropiación del corazón y de la mente exige que vivamos como una comunidad reconciliada consigo misma que es capaz de ofrecer la reconciliación a los otros. La comunidad, a pesar de las diferencias personales, manifiesta el amor al que estamos llamados los cristianos y la superación de toda división como un reflejo del amor de Dios para todos.

Según nuestras Constituciones, “*el fundamento de la vida agustiniana es la vida común*” (CC. 8), en la que cualquier posesión material o espiritual es compartida (cf. Regla 4). Esta vida común es en sí misma nuestro primer apostolado (Acta OSA XIX, 1974, pag. 31) y la fuerza para nuestra actividad apostólica externa (CC. 40; “*El apostolado agustiniano es, por consiguiente, una actividad externa que dimana de una vida interior profunda: es personal y al mismo tiempo comunitario. El apostolado individual recibe fuerza de la Comunidad y se apoya en ella: todos somos apóstoles, porque todos oramos, trabajamos y nos ayudamos mutuamente*” (CC 40). Es obligado releer, por su actualidad, el llamado Documento de Dublín, nacido también en el marco de un Capítulo General Intermedio: “*El Capítulo está convencido de que si nosotros, agustinos, no conseguimos una renovación de la vida común, a la luz del Nuevo Testamento y del espíritu de san Agustín, el resto de nuestros problemas (crisis de vocaciones, crisis de identidad, problemas apostólicos, etc.) no se resolverán ni surgirá una nueva vitalidad en la Orden*” (Documento de Dublín, III, 64) Como eco de estas palabras, un año más tarde del encuentro de Dublín, el P. Teodoro V. Tack, entonces Prior General, se expresaba así: “*En otras palabras, la comunidad en sí misma es un apostolado de primer orden, nuestro primer apostolado, hasta el punto de que ninguna comunidad agustiniana será efectivamente apostólica, en cuanto comunidad en relación con las demás, si ante todo no se esfuerza en poner su familia en orden y en hacerse a sí misma una comunidad cristiana ejemplar, que trate de reflejar el amor de Cristo mediante la unidad en la caridad y en la amistad*” (Acta OSA, XIX, 1974, p. 31).

**10.** En los últimos documentos de la Iglesia se repite la afirmación de que la realización de la comunidad es el primer apostolado: “*Hay que recordar a todos que la comunión fraterna en cuanto tal es ya apostolado; es decir, contribuye directamente a la evangelización*” (VFC n. 54). Toda la fecundidad de la vida religiosa, afirma Juan Pablo II, “*depende de la calidad de la vida fraterna en común*” (Alocución a la Plenaria de la CIVCSVA, 21 de Noviembre de 1992: OR 21-11-1992, n. 3. Cf. Discurso al CGO '95,2).

La *"Ratio Institutionis OSA"*, de 1993, advierte sobre la necesidad de salvaguardar la vida de comunidad de las necesidades del servicio apostólico: *"Efectivamente, debemos estar al servicio de la Iglesia, como dice Agustín. ¿Pero a cualquier precio? No, no a costa del carisma agustiniano, a saber, de la vida de comunidad. Y en esto igualmente Agustín puede servirnos de modelo. También nuestra vida comunitaria es una forma de apostolado, si se vive según nos enseña Agustín y nuestra sana tradición"* (RI 62).

Se pueden apuntar como principales niveles de la comunidad fraterna agustiniana, la vida común, la idéntica fe expresada en la oración y la liturgia, la comunidad real de bienes, la misión apostólica compartida. Estos signos de fraternidad son ignorados, frecuentemente, por su falta de expresión. Para que el mundo crea (Cf. Jn 17,21) y nos crea, necesitamos expresar de modo más claro la realidad de nuestra vida. Realidad que tiene valor significativo, por encima de nuestras deficiencias, si se orienta obstinadamente al ideal de *"un solo corazón y una sola alma orientados hacia Dios"* (Reg. I,3).

### *La comunidad agustiniana como signo de comunión con la humanidad*

**11.** La comunidad fraterna que comparte el amor, se nutre del misterio trinitario presente en la Iglesia y se sitúa al servicio del mundo: *"Nunca podemos aislarnos del curso que domina en el mundo, ni convertirnos en meros espectadores, ya que experimentamos en nuestra propia persona las esperanzas y angustias que pertenecen a la humanidad"* (CGI '74, Documento de Dublín, IV,83).

La Iglesia *"avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y alma de la sociedad"* (GS 4,40). El misterio de la encarnación (Cf. Jn 1,14) significa solidaridad con el hombre en su fragilidad. Por tanto, los agustinos tenemos la responsabilidad de proclamar los derechos de los débiles y ser solidarios con los indefensos.

Cristo *"se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos"* (Filp 2,6-8). Una Iglesia encarnada es una Iglesia *"experta en humanidad"* (Pablo VI). Los agustinos estamos llamados a la unidad de alma y corazón dentro de la comunidad y a vivir una vida compartida en el amor que es la expresión de una comunidad fraterna dentro de la Iglesia (cf. VC 46).

De la misión de la Iglesia se derivan otras funciones que la hacen perceptible como acontecimiento de fraternidad. Conocer el laberinto del corazón humano, proclamar los derechos de los débiles y ponerse de parte de los indefensos, es la responsabilidad que tiene la Iglesia ante la historia.

Compara San Agustín la Iglesia a la posada donde fueron curadas las heridas de aquel hombre que cayó en manos de salteadores cuando bajaba de Jerusalén a Jericó. *"El samaritano no nos abandonó al pasar; nos curó, nos subió al jumento, es decir, a su carne; nos llevó a la posada, esto es, a la Iglesia, y nos encomendó al mesonero, que es el Apóstol, y le entregó dos denarios para curarnos, a saber, el amor a Dios y al prójimo, puesto que toda la ley y los profetas se encierran en estos dos mandamientos"* (In Ps. 125,15). La realización de la eclesialidad, a través de la historia, no siempre ha mantenido esta actitud agustiniana de comprensión y misericordia. San Agustín se recordaba a sí mismo: *"Por muy vigilante que sea la disciplina de mi casa, hombre soy y entre hombres vivo"* (Ep. 78,8).

**12.** No puede haber evangelización sin encarnación ni encarnación sin comunión. La historia no es sólo el hogar humano, sino lugar de la revelación de Dios. El Reino de Dios exige una sociedad nueva que hay que construir todos los días como si estuviéramos levantando un edificio que tiene de plazo hasta la consumación de los siglos. El arquitecto, sin embargo, nos apremia diariamente e invita a comparar nuestro trabajo con los planos que él ha trazado. La evangelización lleva implícita el saber situarnos en este mundo, que nunca puede resultarnos ajeno, y el paso hacia estructuras más corresponsables. Corresponsabilidad interna y corresponsabilidad eclesial. Un paso que no debe encontrar resistencias entre nosotros porque la eclesiología agustiniana subraya la comunión y la complementariedad (Cf. Serm. 101,4; Serm. 71,18; In Ps. 56,1...). La corresponsabilidad es exigencia de la Iglesia-comunión.

El clima participativo de nuestras comunidades debe reflejarse, principalmente, en nuestra relación con los laicos, reconociendo su vocación específica y su capacidad profesional. Junto a ellos formamos el género humano y la Iglesia. Compartimos una misma consagración bautismal y podemos compartir, también, la espiritualidad agustiniana. Necesitamos de ellos y ellos nos necesitan. Nunca debemos olvidar que nuestra vocación religiosa ha surgido en la comunidad de bautizados. Tenemos un origen común, el centro de nuestra fe es Jesucristo y compartimos una idéntica misión

La participación de los laicos en nuestras obras es de un valor inestimable. Su presencia entre nosotros permite y enriquece la pluralidad de ministerios. Desde su competencia, su capacidad de liderazgo y organización, el testimonio de su vida cristiana y su compromiso familiar y laboral, pueden evangelizarnos. Por ello nos sentimos convocados a la formación y acompañamiento de comunidades laicales agustinianas.

#### *La comunidad agustiniana como signo de comunión con la Iglesia*

**13.** San Agustín amó a la Iglesia como madre (Cf. In Ps. 88,2,14), a pesar de verla peregrina, manchada con el polvo de los caminos y necesitada de perdón. La sinceridad de su conversión le llevó a olvidar otros proyectos personales cuando la Iglesia reclamó su servicio al sacerdocio y, más tarde, al episcopado. Así pudo escribir: *"No antepongáis vuestra vida de contemplación a las necesidades de la Iglesia, ya que si no hubiese habido buenos ministros decididos a servirla, vosotros mismos no hubierais hallado modo de nacer"* (Ep. 48, 2).

Si hubiera que señalar alguna nota característica del amor de san Agustín a la Iglesia, sería, sin duda, su pasión por la unidad. *"Los perseguidores de Cristo no dividieron su túnica; y, sin embargo, los cristianos dividen la Iglesia"* (In Ioh. 13,13). A través del amor y del sacrificio de Jesucristo, la unidad es restablecida entre la familia humana y su Creador. Unidad y comunión que están presentes cuando amamos y perdonamos al otro. La conciencia de nuestras diferencias constituye una riqueza para buscar juntos la verdad. Al hilo de esta referencia acerca de la pasión de san Agustín por la unidad de la Iglesia, llamamos a nuestros hermanos de todo el mundo a renovar sus esfuerzos ecuménicos en cualquiera de las partes de la viña de Cristo donde trabajamos.

La vida agustiniana se inserta en la Iglesia universal y en la Iglesia local o particular. El camino de la comunión real pasa por la participación y la corresponsabilidad. Todos los bautizados hemos recibido el Espíritu (Cf. Gal 6,1). Esta verdad cristiana fundamental



significa oírnos mutuamente y aprender los unos de los otros porque cada uno ha recibido de Dios su propio carisma (Cf. I Cor 7,7).

#### *Nuestro servicio en la Iglesia universal*

**14.** La Iglesia es, por el Espíritu, esencialmente misterio de comunión (Cf. VC 41). Cristo instituyó el nuevo pueblo de Dios *"para ser comunión de vida, de caridad y de verdad"* (LG 2,9). Misterio y signo de comunión, la Iglesia está llamada a ser fermento de unidad en el mundo. Mientras llega el momento de la fraternidad universal - cuando Cristo sea todo en todos -, la Iglesia ofrece su testimonio de unidad.

En este encuadre teológico, la vida consagrada es signo de comunión en la Iglesia (Cf. VC 41). Particularmente, la vida religiosa agustiniana: *"Ya desde los orígenes, la nueva orientación de los grupos constitutivos de la Orden estuvo caracterizada por su servicio universal a las necesidades de la Iglesia. Hay en nuestros orígenes un profundo sentido eclesial y una evidente disponibilidad para ponerse al servicio de la causa de la Iglesia, por encima de las barreras nacionales, con espíritu abierto a la universalidad"* ("750 años al servicio de la Iglesia", Carta del Prior General, 16 de Diciembre de 1993).

Ser un signo visible de comunión y fraternidad es, sin duda, un desafío de sello agustiniano.

#### *Nuestra participación en la iglesia particular*

**15.** Uno de los temas desarrollados, a partir del Vaticano II, es la participación de los religiosos en la Iglesia particular (Cf. VC 48). La vida religiosa es riqueza para una Iglesia con la que vive en comunión y en la que manifiesta la especificidad de su carisma, a la vez que la Iglesia particular es el espacio en el que se presenta la vida y se desarrolla la misión de los religiosos.

*"Del mismo modo que la comunidad religiosa no puede actuar independientemente o de forma alternativa, ni menos aún contra las directrices y la pastoral de la Iglesia particular, tampoco la Iglesia particular puede disponer caprichosamente, o según sus necesidades, de la comunidad religiosa o de algunos de sus miembros"* (VFC 60). La justa autonomía, reconocida expresamente en Vita Consecrata (Cf. 48), hay que entenderla a partir de la doctrina del Vaticano II: *"Todos los institutos han de participar en la vida de la Iglesia y, de acuerdo con su propio carácter, hacer suyos y favorecer según sus fuerzas las empresas y propósitos de la misma; por ejemplo, en materia bíblica, litúrgica, dogmática, pastoral, ecuménica, misional y social"* (PC 2).

La interpretación no siempre acertada de la inserción de los Religiosos en la Iglesia local, ha llevado a sacrificar el carisma por el apostolado y nuestra presencia como Agustinos se ha diluido en el contexto diocesano. Allí donde no sea posible una comunidad agustiniana básica, resulta cuestionable nuestra presencia. De modo que hasta las situaciones excepcionales y transitorias deben revisarse (Cf. CGO '95 Determ. 23).

### **El estudio como servicio específico agustiniano en la Iglesia**

#### *La búsqueda de la verdad*

**16.** En la tradición agustiniana más secular, destaca el estudio como una de las actividades que ha caracterizado a nuestra Orden. Un argumento claro y cercano es la presencia de los agustinos en el mundo de la cultura y de la educación.

San Agustín tuvo una vida intelectual fecunda. Vivió convencido de que el mayor tesoro que posee el ser humano es su capacidad racional de entender y de amar. *"Dios está muy lejos de odiar en nosotros esa facultad por la que nos creó superiores al resto de los animales. Él nos libre de pensar que nuestra fe nos incita a no aceptar ni buscar la razón, pues no podríamos ni aún creer si no tuviésemos almas racionales"* (Ep. 120,1,3).

La inquietud de san Agustín es una constante en toda su vida. Buscó la verdad, la felicidad, el amor. Una mirada de extraordinaria lucidez sobre su propia historia de fracaso y de culpa le llevó al convencimiento de que no todo es igualmente bueno y verdadero y que la indiferencia o el despreocupado relativismo son caminos sin salida. Vivió entre la pasión por saber y la paciencia de ignorar. Inquietud y curiosidad mucho más que intelectual. El encuentro con la verdad - sobre todo cuando esa verdad es aproximación al misterio de Dios - ni cabe ni se agota en nuestro lenguaje. *"A Dios se le busca para hallarlo con mayor dulzura, y se le encuentra para seguir buscándolo con mayor afán"* (Trin. XV,2,2).

San Agustín también intentó profundizar el misterio del hombre: *"Yo mismo me había convertido en un gran problema"* (Conf. IV, 4,9) e inició un diálogo con la creación (Cf. Ser. 241, 1-3) y con Dios: *"Dame fuerzas para la búsqueda Tú que hiciste que te encontrara y me has dado esperanza de un conocimiento más perfecto. Ante ti está mi firmeza y mi debilidad; sana ésta, conserva aquélla. Ante ti está mi ciencia y mi ignorancia; si me abres, recibe al que entra; si me cierras, abre al que llama. Haz que me acuerde de ti, te comprenda y te ame"*. (Trin. XV, 28,51).

En el ámbito de la teología, san Agustín se preocupa, por igual, de la dimensión científica y pastoral. Reflexionó, enseñó y compartió siempre el fruto de su pensamiento y de su experiencia con los hermanos. A través de sus escritos, legó esta herencia a toda la Iglesia.

Si la acción pastoral no está basada en el estudio, ni los evangelizadores ni los evangelizados podrán comprender el contenido del mensaje y las exigencias de las diversas situaciones. Es verdad que todas las comunidades, como todas las Iglesias particulares, participan del único misterio de la salvación, pero es igualmente verdad que cada una de ellas lo hace en su propio espacio geográfico y cultural y, por tanto, en condiciones muy diferentes. Por eso, cada comunidad agustiniana debe establecer tiempos para la reflexión y el diálogo críticos. Al ser la existencia humana una existencia en camino, está sometida al análisis, la interpretación y la provisionalidad. Tradiciones, estructuras, obras, organizaciones aparecen con su calificación de medios, y eso permite actuar siempre con libertad creativa y trazar nuevos cauces a la vida agustiniana. El abandono del estudio, como investigación y actitud reflexiva de interrogación y de búsqueda, lleva a desentenderse del juicio sobre el presente y, lo que es más grave, la renuncia a presentar alternativas vitales para el futuro. La imagen de beber en las fuentes agustinianas sugiere la frescura y la novedad del agua que mana cada día e invita a abrirse a lo inédito: *"No os acordéis de las cosas anteriores ni prestéis atención a las cosas antiguas, pues he aquí que voy a hacer una obra nueva"* (Is 43, 18-19). O aquel, más claro todavía, *"Sal de tu tierra donde vives a la tierra que te mostraré"* (Gn 12,1) que resuena en la recomendación evangélica de no echar el vino nuevo en odres viejos (Mt 3,17).

### *Dimensión personal y comunitaria del estudio*

**17.** ¿Qué puede significar hoy hablar de la centralidad del estudio en la vida agustiniana? El estudio, más que una dedicación temporal que se inscribe en un tiempo específicamente formativo, es una actitud permanente de reflexión sobre la realidad, de duda inteligente que es fuente de verdad, una voluntad de aprendizaje y la capacidad crítica frente al acontecer histórico. Para ello, es necesario alimentarnos en la sabiduría legada por el pasado de nuestra tradición, especialmente de san Agustín y de los pueblos donde vivimos. Al mismo tiempo, es preciso enriquecer nuestros conocimientos con una información adecuada acerca de los distintos aspectos de la realidad presente y su proyección futura, junto con la lectura del gran libro de la vida. El carácter amplio que tienen para san Agustín conceptos como verdad, interioridad o inquietud, hacen que la respuesta se ramifique, necesariamente, en distintas direcciones.

**18.** El compromiso con el estudio tiene una dimensión personal y una dimensión comunitaria. En su dimensión personal, debe abarcar la formación integral como agustinos y la especialización profesional en las distintas disciplinas. En su dimensión social y comunitaria, la dedicación al estudio ha llevado a una presencia cualificada de la Orden en el ámbito educativo. El Papa Juan Pablo II reconoce las posibilidades evangelizadoras de los Colegios y de las Universidades como *“areópagos de la misión”* (VC. 96). El papel histórico que tenemos hoy los agustinos, al igual que otras familias religiosas con tradición educativa, es doble: Hacer posible el diálogo fe-culturas y, desde nuestras instituciones, posibilitar la inculturación del evangelio.

También tiene que reflejarse el compromiso y la valoración del estudio en el trabajo parroquial. Estudio, en este marco, es servicio a la Palabra y, desde esa misma Palabra, iluminación de la vida cristiana en la homilía, liturgia cuidada, programación catequética para niños, jóvenes y adultos. Especialmente, escuelas de animadores o agentes de pastoral, de teología para laicos, aulas de espiritualidad agustiniana....

**19.** Continuar, en el tiempo y en la historia, la gran tradición cultural de la Orden (cf. CGO.º 95, Doc. Prog. 10) significa apostar por el diálogo intercultural, social, político, interreligioso y buscar foros de encuentro que favorezcan el respeto y vayan tejiendo la unidad en la pluralidad

Por otra parte, *“más allá del servicio prestado a los otros, la vida consagrada necesita también en su interior un renovado amor por el empeño cultural, una dedicación al estudio como medio para la formación integral y como camino ascético, extraordinariamente actual, ante la diversidad de las culturas. Una disminución de la preocupación por el estudio puede tener graves consecuencias también en el apostolado, generando un sentido de marginación y de inferioridad, o favoreciendo la superficialidad y ligereza en las iniciativas”* (VC 98).

### *El compromiso de la Orden en el campo de los estudios*

**20.** ¿Qué urgencias concretas están exigiéndonos una respuesta inmediata? En este campo del diálogo fe-culturas y de la investigación científica, es deber nuestro, en primer lugar, el estudio del pensamiento de san Agustín que aporte criterios para la dignificación de la persona humana y de la sociedad. Serán contribuciones importantes para esta tarea:

-Valorar y atender, de modo particular, el Instituto Patrístico "Augustinianum", Centro reconocido como Instituto de especialización para la enseñanza de la Teología Patrística (Cf. S. Congregazione per l'educazione cattolica, Istruzione sullo studio dei Padri della Chiesa IV,4, 10 nov. 1989).

- Potenciar los Centros de Estudios Agustonianos ya existentes y crearlos en otros continentes, con el apoyo del Instituto Patrístico "Augustinianum".

- Apoyar y potenciar la unidades y centros de investigación agustinianos y alentar la presencia de agustinos en instituciones y tareas científicas.

- Estimular el intercambio de experiencias y la colaboración entre las distintas instituciones culturales de la Orden.

- Fomentar la divulgación de nuestras publicaciones, recuperar el patrimonio artístico y cultural, actualizar nuestras bibliotecas y, donde sea posible, abrirlas al público

- Justificar nuestra presencia en el mundo de la educación por la propuesta clara de unos valores humanizadores enriquecidos con el carácter liberador del Evangelio y la espiritualidad agustiniana.

### **Revisión de nuestras obras para planificar el futuro**

**21.** *"¡Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir. Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas"* (VC 110). Para diseñar esa gran historia que tenemos que construir y revisar nuestras obras, son referentes fundamentales: La identidad agustiniana, la capacidad de encarnación en el mundo moderno y la interpretación de los signos de los tiempos. Qué somos (*identidad*) y qué tenemos que hacer (*misión*), no están en cuestión. La pregunta se refiere al qué podemos hacer (las obras), dónde (el lugar) y cómo (los medios humanos y materiales). *"En cuanto al modo de realizar nuestros ministerios, deben responder al principio comunitario de nuestra espiritualidad* (CGO '95, Doc. progr. 13; Programa Capitular, 8,23b)... *La afirmación de la vida común como específica de nuestra espiritualidad, en los más de veinticinco años de postconcilio, no debe reducirse a una simple afirmación retórica. Se requiere acomodar nuestra vida y apostolados a sus exigencias"* ("*Renovación y servicio*" Carta del Prior General OSA, 7 de Febrero de 1996).

**22.** Este último desafío es, quizá, el que puede encontrar mayores resistencias porque el juicio sobre las obras que realizamos y los lugares donde estamos, puede tocar, inevitablemente, nuestra historia, nuestros sentimientos, nuestra disponibilidad.

Decir que nuestro trabajo es apostólico y que debemos desempeñar las tareas que la Iglesia nos confíe (Cf. CC 39), es insuficiente. ¿Responden a nuestra cualidad de agustinos? *"Para san Agustín, nuestro primer apostolado en el interior de la Iglesia es la realización de la comunidad-amor... El trabajo de cara al exterior, el apostolado más externo, no puede jamás ir en contra de esta inspiración fundamental"* (T. van Bavel, "*La Espiritualidad de la Regla de san Agustín*", Augustinus 12, 1967, p. 447).

La relación comunidad-acción apostólica exige, además de un necesario equilibrio, programar el apostolado desde la comunidad, señalar una jerarquía de valores y no anteponer el ministerio a lo que es específico de la vida agustiniana.

## II

### LA RESPUESTA AGUSTINIANA A LOS DESAFÍOS PASTORALES DE LA IGLESIA

#### *Sombras del mundo que contemplamos*

**23.** Los desafíos del mundo actual claman por una respuesta desde el Evangelio y nosotros tenemos una perla preciosa (Cf. Mt.13,45) para compartir, que sirve de contrapunto a los valores del mundo. Nuestra condición nos permite colaborar con las personas para que descubran el sentido de sus vidas. *"Impulsados por la fraternidad apostólica y por 'las exigencias de la caridad', no podemos por menos de comunicar, mediante nuestra actividad, a toda la Comunidad eclesial y a todos los hombres, lo que Dios se ha dignado obrar en nosotros y en nuestra Comunidad, viendo en todos a Cristo" (CC 39). "No hemos sido llamados a vivir en comunidades para encerrarnos en nuestras seguridades, sino para ayudar a la Iglesia a engendrar nuevos hijos a imagen de Cristo (Cf. In Ps. 132 y Ep. 243)" (CGO '95, Doc. progr. n. 12).*

**24.** Para llevar adelante nuestra misión de servidores de la humanidad, debemos cultivar una especial cercanía que nos permita escuchar, atentamente, la voz de un mundo en transformación. Si nuestras propuestas no sintonizan con los desafíos del presente, el diálogo resulta imposible y nuestra presencia irrelevante.

La lista de problemas que nos recuerda la presencia permanente del mal en medio de nosotros, podría resultar larga: Falta de respeto a la vida (con sus versiones de eutanasia, aborto, pena de muerte), guerras, hambre, deuda externa, marginación, analfabetismo, drogadicción, SIDA, injusticias, agresiones ecológicas, prostitución, violación de derechos humanos, violencia... Son las sombras que señalan los grandes vacíos de la humanidad y desvelan los desafíos que el mundo presenta a la Iglesia. Todo ello nos invita a vivir una espiritualidad basada en la experiencia que valora la democratización del poder, la unidad que no excluye pluralismos y diversidades, la necesidad de diálogo entre las religiones y las culturas, el respeto a la naturaleza...

#### *Contemplando la realidad con ojos agustinianos*

**25.** ¿Qué nuevas conceptualizaciones y qué cauces de expresión pueden hacer posible la transmisión de la espiritualidad agustiniana? Tenemos que contemplar el mundo con sereno realismo e interpretar la historia con ojos providentes. *"Siempre que padecemos alguna estrechez o tribulación hemos de ver en ellas un aviso y, al mismo tiempo, una corrección. En efecto, ni siquiera las mismas Sagradas Escrituras nos prometen paz, seguridad y descanso, pues el Evangelio no deja de hablar de tribulaciones, estrecheces y escándalos... ¿Qué sufre ahora, hermanos, de nuevo el género humano que no hayan sufrido nuestros padres?"*, advierte San Agustín (Serm. 346 C). En el mismo Sermón, continúa san Agustín derrochando sabiduría ante los avatares de la historia. *"Te encuentras con hombres que murmuran de los tiempos en que les ha tocado vivir, afirmando que fueron buenos los de nuestros padres. ¿Qué no murmurarían si pudieran volver al tiempo de sus padres! Piensas que los tiempos pasados fueron buenos porque no son los tuyos; por eso son buenos... Desde aquel Adán hasta el Adán de hoy ha habido fatiga y sudor, espinas y abrojos" (Id.).* El repaso de otros momentos históricos más dramáticos le lleva a una conclusión positiva:

*"Ello ha de conducirnos a congratularnos, antes que a murmurar de nuestros tiempos"* (Id.). Los cristianos hemos dejado, muchas veces, en manos ajenas, el entusiasmo por el futuro. Olvidamos confesar nuestro gozo por pertenecer a este mundo y el testimonio de nuestra esperanza. La *Ciudad de Dios* puede presentarse hoy como un himno a la esperanza escatológica, la afirmación de una sociedad con futuro y de una historia de la que Dios también es autor. El Dios que a lo largo de la Biblia se entrega con particular vehemencia a los pobres, ¿no estará acompañando con entrañas de padre y de madre al ser humano desvalido que vive con perplejidad el fin de siglo?

Más allá de los juicios negativos y las visiones parciales, el mundo muestra un rostro multiforme en el que se aprecian rasgos positivos. Los observadores de la realidad apuntan el surgir de una nueva espiritualidad, la democratización del poder, el pluralismo, una ética común, el puente fe-cultura, el cuidado de la naturaleza...

Desde esta contemplación serena de nuestro tiempo y de nuestras culturas, es posible diseñar una aportación agustiniana a los rasgos y desafíos que el mundo presenta a la Iglesia.

### *Espiritualidad para el mundo de hoy*

**26.** La espiritualidad que ofrecemos al mundo es personal y comunitaria. Se trata del paso de una fe pasiva a una fe activa; de una fe entendida como asentimiento obediente, a una fe contemplativa centrada en la experiencia de haberse encontrado con el Señor en la propia interioridad y en la comunidad. *"Hablar con sentido de Dios solamente es posible sobre la base de experiencias humanas"* (P. Schillebeeckx). Es, también, la conclusión del libro de Job - *"Sólo te conocía de oídas; pero ahora te han visto mis ojos"* (42,5) - donde el autor confiesa no una visión, sino un encuentro, una presencia. San Agustín expresa de muchas maneras el mismo sentimiento: *"Amonestado por aquellos escritos que me intimaban a retornar a mí mismo, penetré en mi intimidad guiado por Ti. Lo pude hacer porque Tú me prestaste apoyo. Entré y vi con el ojo de mi alma, tal cual es, sobre el ojo mismo de mi alma, sobre mi inteligencia, una luz inmutable"* (Conf. VII,10,16). O en otro texto de las Confesiones donde la poesía y la mística se entrelazan: *"Pero ¿qué es lo que amo cuando te amo? No una belleza material, ni la hermosura del orden temporal; no el resplandor de la luz, amiga de los ojos. No la suave armonía de melodías y canciones ni la fragancia de flores, de perfumes y de aromas; no el maná, ni la miel; ni miembros gratos a los abrazos de la carne. Nada de eso amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, cuando te amo, es cierto que amo una cierta luz, una voz, un perfume, un alimento y un abrazo. Luz, voz, perfume, alimento y abrazo de mi hombre interior, donde mi alma está bañada por una luz que escapa al espacio; donde oye una música que no arrebatara el tiempo; donde respira una fragancia que no disipa el viento; donde gusta comida que no se consume comiendo y donde abraza algo que la saciedad no puede esperar. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios"* (Conf. X,6,8)

Espiritualidad que, al reconocer la oscuridad de la fe, nos sitúa con humildad frente a la increencia y hace posible la interpelación y el diálogo mutuos. Es decir, una espiritualidad que comporta un tipo característico de relaciones. De igualdad y solidaridad con los seres humanos y de común destino con la naturaleza porque, según la predicación paulina, la consumación escatológica implica también a la naturaleza (Cf. Rom 8,18-24).

### *La comunión de bienes y la democratización del poder*

**27.** La comunidad agustiniana puede presentarse como paradigma de la comunión de bienes y de la democratización del poder. Evangelizamos, fundamentalmente, desde la comunidad y presentamos el modelo de una Iglesia-comunidad y de un ser humano comunitario. *"La clarificación postconciliar de nuestro carisma y de nuestra identidad agustiniana nos ha ayudado a valorar el estilo de vida fraterna como mediación privilegiada en la nueva evangelización"* (CGO '95, Doc. progr. n. 12).

El escándalo ante la visión de un mundo manipulado por la concentración del poder y la riqueza, provoca la actualidad de lo comunitario como valor social. Pero como la historia es dinámica por definición, son necesarios ejemplos tangibles que sirvan de testimonio y de estímulo. El ideal agustiniano de comunidad – encarnado en un grupo de religiosos o laicos - puede servir de indicador en tiempos de búsqueda. Como también son propuestas que abren caminos de futuro, la comunión de bienes, la igualdad entre todos, la participación en la sociedad y en la Iglesia de la mujer y de las minorías étnicas y marginales, el interés por las cosas y las tareas comunes, el ejercicio servicial de la autoridad, la atención especial a los más débiles y pobres, la gratuidad y otros.

#### *Unidad en la diversidad*

**28.** El pluralismo y la diversidad reflejan con mayor exactitud la realidad que las visiones uniformes. La ruptura de una cosmovisión unitaria es uno de los signos de nuestro tiempo. Al paso de los siglos, la uniformidad ha derivado en el totalitarismo y la exclusión de la diversidad.

El deseo de unidad y de participación que se sienten en el mundo es, sin embargo, una de esas llamadas del Espíritu que nos llegan desde el corazón de la vida. Esta nueva sensibilidad tiene también su reflejo en la Iglesia. El Concilio Vaticano II recuperó la eclesiología de comunión, la imagen de Cuerpo de Cristo, Pueblo de Dios, Cristo total. Una eclesiología de inconfundible sello agustiniano. Para los agustinos, vivir esta teología significa ocupar el doble frente de la unidad y del pluralismo legítimo. En la práctica, hablar de comunión, de cuerpo o de pueblo, es afirmar la unidad y la diversidad y, al mismo tiempo, reconocer la participación, la corresponsabilidad, el diálogo, la descentralización, la subsidiariedad.

En una sociedad plural, los creyentes no pueden dispensarse de la confrontación de su fe con otras opciones y de la pregunta sobre la razonabilidad de su fe. El énfasis no se puede poner en borrar dudas, sino en una apasionada búsqueda de la verdad. La apelación al estudio y a la formación religiosa es una exigencia para la personalización de la fe en la cultura contemporánea. Muy conscientes de que, mientras somos miembros de la Iglesia peregrina, participamos de la Verdad, pero no la agotamos y tampoco la poseemos en exclusiva. (Cf. In Ps. 103,2; Conf. XII,25). De hecho, la Iglesia, por sugerencia del Concilio Vaticano II, está hoy comprometida en el diálogo interreligioso y ecuménico. Una convocatoria que no podemos desoír por el acento de nuestra espiritualidad de comunión, y porque la contribución a la paz, no desde el sincretismo sino desde la conversión y la concordia, abre perspectivas inéditas a la vida religiosa agustiniana.

#### *Una ética común para la civilización del amor*

**29.** Los avances científicos y tecnológicos parece que, a primera vista, hacen olvidar el misterio. Paralelamente, en un contexto religioso plural, la moral no es una referencia única admitida por todos. El descubrimiento de la ambivalencia y la peligrosidad de la tecnociencia, sin embargo, abren paso a la convicción de que es necesaria la regulación ética de las nuevas posibilidades científicas. Una ciencia sin conciencia en vez de ser signo de progreso hace todavía más precaria la condición humana. Una ciencia sin alma y sin responsabilidad o un desarrollo reducido al crecimiento económico, se convierten, tarde o temprano, en agresiones potenciales para la humanidad. Puede ser iluminadora la visión antropocéntrica de san Agustín y el lugar central del amor en su antropología. Todo hay que supeditar al amor. *"La ciencia al servicio de la caridad; entonces es útil, pues sin la caridad hincha"* (Ep. 167,11). *"La ciencia aprovecha, pero sólo cuando va acompañada de la caridad"* (Civ. Dei 9,20; De grat. 19,40). La ética debe significar algo más que el establecimiento de unas leyes de juego pactadas en una mesa de negociación. El bien común, el respeto mutuo, la reconciliación de culturas y pueblos, los derechos humanos o el desarrollo integral, apuntan a una civilización nueva, izada sobre la base de la justicia y animada por la caridad. En la tarea común de la civilización del amor, debe haber lugar para la ciencia y la técnica y para el sentido religioso que, lejos de ser un sobreañadido artificial, encuentra su raíz más profunda, según S. Agustín, en el corazón humano. La cosmovisión de la fe cristiana puede contribuir, convincentemente, al establecimiento de una ética global que permita a los hombres y las mujeres, sin ninguna excepción, disfrutar de iguales derechos y de un nuevo orden mundial.

#### *El necesario diálogo fe-cultura*

**30.** La religión ha generado pensamiento, arte y cultura a través de distintas manifestaciones. De la fecundidad cultural de la fe se ha pasado al conflicto fe-cultura. *"La ruptura entre el Evangelio y la cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo"* (EN 20). El enfrentamiento se ha producido, en ocasiones, por la inadecuada comprensión de los conceptos fe y razón o porque una y otra no han aceptado sus propios límites. Desde la teología o la Biblia no se puede responder a problemas científicos y tampoco es válida la pretensión de constituir la razón humana en instancia suprema de lo real.

Para que sea posible el diálogo, resultan indispensables una formación sólida y un espacio común de encuentro. Esbozar la respuesta agustiniana a este gran reto, nos obliga a retomar el tema del estudio como medio para la fundamentación de la fe, el pensamiento crítico, la interdisciplinariedad, la búsqueda constante, el valor y el tiempo para la reflexión. *"Ama mucho el entendimiento"* (Ep. 120,13). Terreno común de encuentro será el empeño compartido por la paz y la justicia, la propuesta de convicciones humanas integradoras, el compromiso social, los derechos humanos...y la nueva valoración de la tolerancia, el pluralismo, la democracia, el respeto por la integridad de la naturaleza...

#### *Comunión con la creación*

**31.** La relación con la naturaleza adquiere en S. Agustín valor ético. En sus obras encontramos multitud de observaciones y referencias acerca de la naturaleza. Una naturaleza que es buena, que habla de Dios (Cf. In Ps. 134,4) y es vestigio de la Trinidad (Cf. Trin. VI,10,12). Atentar contra la naturaleza es romper la unidad. *"La palabra universo se deriva de la palabra unidad... Por eso, debemos contemplarlo en su totalidad para ver su hermosura y su unidad. Es algo así como un discurso bello, que es bello, no por cada una de las palabras en particular, sino por todas en conjunto"* (De Gen. I,21,32).



También se quiebra la unidad cuando el ser humano pretende salir a la exterioridad exiliándose de sí mismo. Sólo desde la interioridad se puede captar la belleza en su totalidad (Cf. De Ord. 1,2,3). Y si se pretende rastrear la creación en la búsqueda de imágenes de Dios, la consigna también es buscar en la interioridad: "*¡Oh hombre!, ¿hasta cuándo vas a estar dando vueltas en torno a la creación? Vuélvete a ti mismo, contéplate, sondéate, examínate... Vuelve, pues, la mirada a tu hombre interior*" (Serm. 52,6,17).

En el pensamiento agustiniano hay un diálogo permanente entre Dios y el ser humano. La naturaleza es el gran libro que nos habla de Dios: "*Levanta la mirada de tu inteligencia; usa de los ojos, como hombre, ponlos en el cielo y en la tierra, en las bellezas del firmamento,... ,en la ordenada sucesión de los tiempos: pon los ojos en las hechuras y busca al Hacedor; mira lo que ves, y sube por ahí al que no ves*" (Serm. 123,2,3). Pero también sucede que no todos son capaces de entender este libro (Cf. In Ps. 81,2).

El retorno y el amor a la naturaleza tienen dimensiones muy profundas. Mirar la naturaleza como obra de Dios es teología, invocar su respeto y el disfrute por parte de todos es justicia y solidaridad.

## Conclusión

**32.** Ante estos desafíos pastorales, ¿con qué actitudes y respuestas vamos a participar los agustinos en la misión evangelizadora de la Iglesia? Nuestra espiritualidad y los signos de los tiempos se dan la mano para recordarnos el valor de la comunión y la importancia de la comunidad. Comunidad agustiniana que integra en un mismo abrazo la amistad, la interioridad, el respeto, la igualdad en la dignidad, la reciprocidad y el modelo del Dios Trinidad. Comunidad que cultiva el pensamiento crítico como camino hacia la verdad, abierta a la solidaridad, promotora y defensora de todo lo humano. La interioridad significa la vida en y desde el corazón, que no es ensimismamiento sino unificación, posibilidad de relación profunda y descubrimiento de una presencia que nos desborda y trasciende. El servicio a la Iglesia, porque "*la Iglesia habla en Cristo y Cristo en la Iglesia; el Cuerpo habla en la Cabeza y la Cabeza en el Cuerpo*" (In Ps. 30 II, 1,4). Búsqueda y pasión por la verdad, admiración sorprendida que acompaña hasta el final de la vida, apertura a la realidad de Dios que no sólo es resultado de una tradición, sino, fundamentalmente, encuentro con el *maestro interior* que habita en la conciencia. Sensibilidad por lo humano, porque Dios - para hacerse Dios de todos - se hizo hombre y Jesús inauguró una forma de amor incondicional al prójimo.

**33.** Con este patrimonio entramos los agustinos en los umbrales del ya próximo siglo XXI. Que se celebre nuestro Capítulo General Intermedio el "Año del Espíritu Santo", es algo más que una coincidencia ocasional. Necesitamos el Espíritu para ver iluminada con su luz la realidad y descubrir que Dios sigue manifestándose novedosamente, como Él quiere y donde Él quiere. Necesitamos el coraje del Espíritu para encontrar caminos creativos que sustituyan a los que han sufrido el desgaste de la historia. Necesitamos la fuerza del Espíritu para iniciar en nuestras conciencias ese camino largo y difícil que supone vencer el miedo y tener en la vida una actitud de ininterrumpida conversión. "*La volubilidad del tiempo obliga a no detenerse a cuantos vienen a esta vida. No haya lugar alguno para la pereza; camina tú, no te dejes arrastrar*" (Serm. 346A,1).

La humanidad entera se dispone a abrir un nuevo capítulo de la historia. Una historia que, a pesar de su complejidad, está en manos de Dios, ya que "*tanto amó Dios al mundo*

*que le entregó a su Hijo, no para condenar al mundo sino para que se salve por Él"* (Jn 3,16. 17). Los agustinos, como comunidad animada por el Espíritu, estamos convocados a ofrecer una respuesta fiel a la llamada de Dios, de la Iglesia y de la historia.

María, la llena del Espíritu, pregonera, en el Magnificat, de una nueva humanidad en la que el Dios del Reino aparece de parte de los más débiles, nos ayudará a *"iluminar los ojos del corazón"* (Ef 1,18) y engendrar el rostro que la Orden debe ofrecer en el ya cercano siglo XXI.

### **Alocución inaugural del Prior General, P. Miguel Ángel Orcasitas, pronunciada en el Aula Capitular el 21 de septiembre de 1998**

Bienvenidos, hermanos, a esta asamblea capitular, que convoca a los religiosos con responsabilidad de gobierno en la Orden. Bienvenidos también los religiosos y laicos invitados a participar en nuestras reuniones de reflexión.

Nuestro ordenamiento constitucional señala dos finalidades principales a la presente reunión: evaluar la realización del programa aprobado por el pasado Capítulo General Ordinario y elaborar un documento que pueda tener particular significación para la Orden, en este momento histórico de tránsito de siglo y de milenio.

Por una parte, como leemos en el número 441 de las Constituciones: *"La finalidad de este Capítulo es dar cuenta, en consejo fraterno, de la ejecución del programa elaborado por el Capítulo Ordinario, y buscar y encontrar soluciones para su mejor realización; ofrecer al Prior General y a su Consejo ocasión de comportar con los vocales nuevas experiencias y planes, para que éstos expongan sus ideas y aconsejen, sobre todo, en los proyectos más difíciles; proveer o confirmar, si fuera necesario, lo que sea de competencia del Capítulo Ordinario"*.

Por otra parte, el número 441 bis b) dice: *"Además de lo establecido en el n. 441 de las Constituciones, el fin principal del Capítulo [intermedio] es la aprobación de un documento precedentemente preparado y enviado a todas las circunscripciones, sobre una cuestión actual y de gran importancia para toda la Orden. Este tema puede ser indicado por el precedente Capítulo General Ordinario"*, y en la letra c) del mismo número: *"Sea también finalidad del Capítulo el perfeccionamiento de la formación permanente"*.

En relación con la rendición de cuentas sobre la ejecución del último programa capitular, cada miembro del Capítulo encontrará entre su documentación el informe que presenta el Consejo General, con una relación detallada de cada propuesta capitular y su grado de cumplimiento, así como las relaciones de las diversas circunscripciones, en las que los superiores informan sobre la ejecución del programa capitular en la propia circunscripción. Tendremos oportunidad de dialogar sobre esta documentación.

Quisiera ahora centrarme en lo que las Constituciones señalan como *fin principal del Capítulo*, es decir, la aprobación de un documento de interés general para toda la Orden.

Aunque fue el último Capítulo General de 1995 quien determinó, como tarea prioritaria del Capítulo General Intermedio, la aprobación de un documento para toda la Orden, debemos recordar que todos los Capítulos generales intermedios, celebrados tras la revisión de las Constituciones, realizada aquí en Villanova en 1968, han centrado buena parte de su esfuerzo en la reflexión sobre algún problema concreto de la Orden, dejando plasmadas las conclusiones en un documento.

El primer Capítulo Intermedio que siguió a la renovación de las Constituciones fue el de Dublín, celebrado el año 1974. Siguiendo los criterios conciliares, el Capítulo de Dublín quiso escudriñar con mayor atención los signos de los tiempos y su incidencia en la vida religiosa agustiniana. El resultado de aquél encuentro fue un documento particularmente intuitivo, que conserva todavía hoy gran parte de su valor.

Siguió después el Capítulo Intermedio de México, celebrado en 1980. Este Capítulo reflexionó sobre varios temas, entre los que destacan, por la novedad que supusieron para la Orden, la *opción preferencial por los pobres* y el *Secretariado de Justicia y Paz*.

Seis años más tarde, el Capítulo de 1986, celebrado en Roma, aprobó un documento titulado "*Misión y evangelización en la Orden Agustiniana hoy*".

Finalmente, el último Capítulo General Intermedio, que tuvo lugar en Brasil en 1992, junto a la decisión sobre importantes temas, que merecían la atención de todos los superiores de la Orden, reflexionó sobre "*La comunidad agustiniana entre el ideal y la realidad*". En esta ocasión se elaboró el documento abriendo la reflexión a toda la Orden, para convertir la preparación del documento en un momento privilegiado de formación permanente y de interiorización de los valores agustinianos.

Para la preparación del documento *Agustinos en la Iglesia para el mundo de hoy*, objeto del presente Capítulo, se partió de la opción manifestada en el último Capítulo General Ordinario y la preferencia mostrada por los superiores sobre el tema del *servicio a la Iglesia como agustinos*. En un primer borrador, subtítulo "*lineamenta*", tras lanzar una mirada al mundo contemporáneo, se analizaban las elementos que ofrece la espiritualidad agustiniana para responder a los retos del tiempo presente. Este primer borrador, acompañado de un número de cuestiones, fue enviado a todas las circunscripciones de la Orden para su estudio individual y comunitario.

El documento fue bien recibido en la Orden. Sobre la base de las observaciones enviadas al Consejo General, se procedió a una revisión, suprimiendo la primera parte, dedicada al análisis de la sociedad, para abreviar el documento y centrar la reflexión en los elementos fundamentales de nuestra espiritualidad y el modo como deben incidir en nuestro servicio apostólico.

Es posible que el oír hablar todavía de carisma e identidad pueda producir cierto cansancio en algunos sectores de la Orden, pues ha sido una constante desde el Concilio Vaticano hasta nuestros días. Pero consideramos que no se trata de un esfuerzo superfluo, teniendo en cuenta la confusión que existe todavía, en amplios sectores de la Orden, sobre nuestro carisma y espiritualidad.

En este momento se puede decir que el esfuerzo realizado por la Orden para afirmar una visión carismática de la vida agustiniana, no ha conseguido llegar suficientemente hasta la conciencia de los hermanos y esto está influyendo en el modo de comprender nuestro servicio a la Iglesia. Podemos preguntarnos si ha faltado claridad en la exposición, o si es que no existe acuerdo sobre la opción que ha hecho la Orden sobre la identidad de la espiritualidad agustiniana. Teniendo en cuenta la riqueza conceptual de san Agustín, puede resultar difícil coincidir en señalar algunos rasgos fundamentales como esencia de nuestro carisma. Al menos debiera ser claro que la afirmación carismática debe proceder, por una parte, de lo que san Agustín considero esencial para el estilo de vida religiosa por él fundado y, por otra, de la aportación de la historia de la Orden a la vivencia del carisma, sobre todo en sus orígenes jurídicos.

Personalmente creo que la Orden ha hecho una opción clara, a la hora de definir nuestra espiritualidad y carisma. Basta leer las Constituciones y los documentos de la Orden que se han ocupado de este tema. Por eso, hay que buscar las causas de este sentimiento

difuso de falta de identidad. Considero que no es tanto fruto de falta de documentación, como de falta de conocimiento e interiorización. Las opciones realizadas por la Orden, en los treinta años del postconcilio, en torno a las características fundamentales de nuestra espiritualidad se han centrado, sobre todo, en la vida comunitaria, de la que dimanar la búsqueda de Dios, particularmente por la vía de la interioridad y la disponibilidad para el servicio a la Iglesia.

Antes del Concilio, y de la revisión de las Constituciones, el tema de la identidad era poco recurrente en la reflexión sobre la vida religiosa, al prevalecer una especie de *patrón universal*, inspirado en el Derecho Canónico. Afirmada progresivamente la identidad agustiniana, a partir de la revisión de las Constituciones, no se ha dado en todas partes un suficiente esfuerzo para adaptar nuestra vida y ministerios a las exigencias de la identidad agustiniana. Más bien se detecta, en amplios sectores de la Orden la continuidad del proceso precedente de *parroquialización* (y por tanto atomización) de las comunidades, agravada ahora por la disminución del número de religiosos, así como la aparición de un cierto individualismo, que ciertamente contradice lo afirmado por los documentos oficiales en torno a la identidad.

En relación con este último punto, hay que reconocer que resulta difícil mantener el debido equilibrio entre el respeto a la persona individual, que ha sido una importante aportación de la reflexión postconciliar a la vida religiosa, y, por otra parte, el empeño comunitario. El documento de la Congregación para la vida consagrada titulado *La vida fraterna en comunidad* (1994) refleja bien cuanto deseo afirmar, cuando dice:

*“El respeto a la persona, recomendado por el Concilio y por otros documentos (PC 14; CIC 618) ha tenido una influencia positiva en la praxis comunitaria. Sin embargo, al mismo tiempo se ha difundido también, con mayor o menor intensidad según las distintas regiones del mundo, el individualismo bajo las más diversas formas, como la necesidad de protagonismo y la exagerada insistencia sobre el propio bienestar físico, psíquico y profesional, la preferencia por un trabajo ejercido por cuenta propia o de prestigio y bien seguro, la prioridad absoluta dada a las propias aspiraciones personales y al propio camino individual, sin preocuparse de los demás y sin verdadera referencia a la comunidad.*

*Por otra parte, es necesario buscar el justo equilibrio, no siempre fácil de alcanzar, entre el respeto a la persona y el bien común, entre las exigencias y necesidades de cada uno y las de la comunidad, entre los carismas personales y el proyecto apostólico de la misma comunidad. Y esto dista tanto del individualismo disgregante como del comunitarismo nivelador. La comunidad religiosa es el lugar donde se verifica el cotidiano y paciente paso del ‘yo’ al ‘nosotros’, de mi compromiso al compromiso confiado a la comunidad, de la búsqueda de ‘mis cosas’ a la búsqueda de las ‘cosas de Cristo’”* (La vida fraterna en comunidad, CIVCSVA, 1994, n. 39).

El mismo documento dice también, en otro lugar:

*“Además, es necesario recordar siempre que la realización de los religiosos y religiosas paso a través de sus comunidades. Quien pretende vivir una vida independiente, al margen de la comunidad, no ha emprendido ciertamente el camino seguro de la perfección del propio estado. Mientras la sociedad occidental aplaude a la persona independiente, que sabe realizarse por sí misma, al individualista seguro de sí, el Evangelio requiere personas que, como el grano de trigo, sepan morir a sí mismos para que renazca la vida fraterna (cf. LG 46b)”* La vida fraterna en comunidad (Congregación de Religiosos: CIVCSVA), n. 25.

Teniendo en cuenta que la Congregación se refiere en este documento a toda la vida

religiosa, cuánto más debemos tener en cuenta estas observaciones nosotros agustinos, que damos importancia especial *-carismática-* a la vida comunitaria.

La apertura a los tiempos y el servicio a la Iglesia deben ser analizados a la luz del carisma y de la propia espiritualidad. No todo planteamiento de la cultura contemporánea puede de ser asumido. Hay aspectos valiosísimos en la cultura occidental como el respeto a la persona, cuyo fundamento evangélico es evidente (basados en la encarnación del Hijo de Dios). Pero hay que tener en cuenta que la afirmación extrema de los derechos individuales en la sociedad está elevando a una exasperación antievangélica, que acaba lesionando los derechos de los mismos individuos, particularmente de los más débiles. Frente a estos excesos, nuestra misión nos exige ser en algún sentido “contraculturales”. No podemos dejarnos llevar por la cultura ambiente, cuando ésta nos desvía de nuestro centro y del Evangelio.

Este Capítulo General Intermedio tiene en sus manos y en su propósito realizar una reflexión sobre la vida agustiniana y su servicio a la Iglesia en el mundo contemporáneo, con la mirada puesta en el futuro. Es nuestra responsabilidad aprobar un documento que sea iluminador y determinar los medios que permitan hacer llegar esta reflexión, de manera teórica y práctica, a todos los hermanos y comunidades. Debemos procurar que lo reflexionado y plasmado en este Capítulo tenga una continuidad y un fruto en toda la Orden.

Movidos por este deseo y esperanza, invocando la presencia del Espíritu en medio de nuestra reunión fraterna, damos inicio a las sesiones de este Capítulo General Intermedio, que vuelve a la sede donde, ahora hace treinta años, fueron aprobadas las nuevas Constituciones, con el augurio de que sus deliberaciones supongan un momento de gracia para toda la Orden.